



Fotografía de Amelia Rivaud Morayta

Carlos Monsiváis

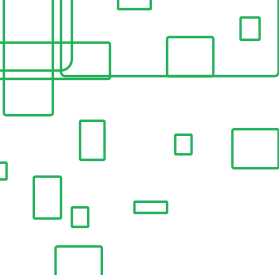
(1938-2010)

Amelia Rivaud Morayta
Síntesis Creativa

¿Qué se puede decir de Monsiváis que no se haya dicho ya en estos días? Ahora que ha muerto, sólo queda leer su obra y verlo en los numerosos videos que, afortunadamente, hay en la red. Enterarse que la fibrosis pulmonar no es causada por los pelos de gato; que Monsiváis era un personaje de las historietas de *Chanoc*, entre otros datos curiosos. Que el *Museo de El Estanquillo* fue creado para dar albergue a los 12 mil documentos, fotos y objetos que atesoraba.

Al estudioso de los rituales, qué paradoja, le tocó que televisaran su velorio en espacios de la cultura, donde llegaron los populosos a decirle adiós. En su último paseo por el centro de la ciudad la gente de los cafés salía a la calle a aplaudirle, y cuentan que todo eso se vio por la television; le ganó un poco de público al Mundial del futbol, deporte que le importaba un comino.

Tuve la fortuna de arribar el domingo 20 de junio a Bellas Artes en el momento en que llegaba el féretro. Sí, andaba yo de metiche. Habíamos quedado de vernos ahí con los compañeros del Taller del Libro que teníamos con el *Monsi*. Me uní al cortejo: después del *Peje* y de mí se cerraron las puertas un rato. Estuve con los reporteros, tome una o dos fotos y luego me subí al descanso ese donde estaban los notables, y yo con mis fachas: me tuve que cerrar la camisa para ocultar la playera roja que llevaba debajo.



Por ahí se oyeron gritos pidiéndole a Lujambio que se saliera. Si no estuviera en ese ataúd, Carlos se hubiera levantado para discutir con él y hacer valer su espíritu incluyente.

Apapaché un ratito a Cristina Pacheco, que estaba desecha, susurró que quería que ya lo dejaran en paz. Anduve de chismosa, observando y tomando fotos; de pronto me sentí cronista. Caras conocidas y ajenas al mismo tiempo, vi a un señor muy alto, le dije que su rostro me era familiar, me contestó: “Soy el rector de la UAM”. Con razón.

Desde la noche del sábado me puse a recordar mis conocencias con el *Monsi* y se reafirmó mi respeto y admiración por él.

Conocí a Monsiváis en 1977, cuando le hice una entrevista sobre xxxx, para la Gaceta del CCH, donde yo trabajaba. Lo visité en su casa en la calle San Simón, muy cerquita de calzada de Tlalpan. Ya desde entonces la cantidad de libros y de gatos era impresionante y estaban por todos lados. Me llamó la atención su sobria cotidianeidad y la gentileza de conceder una entrevista a una periodista inexperta.

Después nos fuimos encontrando en distintos lugares. Cuando empezaron las grandes movilizaciones de maestros, que entraban caminando por Tlalpan al sur; por Indios Verdes al norte, reflejando el coraje con qué demandaban aumento salarial y la miseria de su vida diaria, Carlos Monsiváis comentó: Cuando no conoces a nadie, es que son masas. Eso se quedó grabado en la memoria.

También coincidimos después del terremoto del 85, cuando el *Centro de estudios sobre el temblor*, organizó que dieran su testimonio a la prensa quienes estaban participando como rescatistas o eran sobrevivientes. De esa iniciativa resultó el libro de Elena Poniatowska, *Nada, nadie. Las voces del temblor* y varios artículos y ensayos de Monsiváis.

¿Un taller de Historia del libro con Monsiváis? ¡Qué privilegio! Empecé a asistir en 2004, así nada más. Escuchar a Carlos no era trivial: hablaba de un montón de hechos y personajes que era la primera vez que yo oía de ellos. Hay frases suyas que siguen dando vuelta en mi cabeza. “La izquierda mexicana no ha leído a nuestros liberales”. Se declaraba humildemente juarista, pero reconocía en *El Nigromante* el mejor representante del liberalismo.

Era (¿seguiremos siendo?) un taller integrado por investigadores de la Dirección de Estudios Históricos del INAH: Carlos Melesio, Lilia Venegas, Paco Pérez Arce, Julia Tuñón, Arturo Soberón, Antonio Saborit, entre otros, pero con una apertura que permitió amablemente que yo me incorporara.

Los temas tratados eran diversos: cine y literatura, el magisterio, la televisión, la memoria histórica y la cultura popular, y además siempre se hablaba de la realidad mexicana. Monsiváis tenía “comal y metate” con medio mundo; nos contaba anécdotas antiguas o su desayuno con algún personaje de la cultura, de las finanzas o de la política, finalmente todo imbricado. Le preocupaba mantener el Estado laico y por ende la sociedad y la cultura. Los colegas hacían comentarios, también proponían temas. Conversaban acerca de los temas que están investigando. Todo se cuestionaba, se llegaba a conclusiones y surgían nuevas inquietudes.

Para mí era una especie de banquete quincenal de conocimientos, de nuevas preocupaciones, de angustia por no saber; a la vez sentía la satisfacción de comprender un poquito el mundo que habitamos.

En defensa de los libre pensadores, de la educación pública, del Estado (y la televisión) laicos. *Monsi* decía que hasta que el movimiento estudiantil del 68 no estuviera tratado con justicia en los libros de texto, muchas cosas no cambiarían. •